

AÑORANZAS DE PAZ O AYES DE GUERRA

ἐξ οὗ Οδυσσεύς

ᾤχετο, ἐποφόμενος καχοῖλιον οὐκ ὀνομάστην.
Desde que Ulises se fué a ver esa malhadada Troya nunca nombrable...

Homero, *Odisea*, 19, 597.

Cantor de las guerras es Homero, pero cantor sincero. Con esa objetividad clarividente con que descubre la esencia de las cosas, ve las guerras como un montón de ruinas, como un lago de lágrimas y sangre. Y hace sentir al alma su tragedia inmensa, y de lo más hondo del corazón afloran a los labios desahogos de seres desgraciados que maldicen su tragedia. Son ansias de la paz, son detestaciones de la guerra, son añoranzas de otro bien perdido, son de las penas que la guerra trae la confesión sincera.

Qué bien decía Néstor a Telémaco: «¡Oh amigo! Me traes a la memoria las calamidades que en aquel pueblo padecimos los aqueos, indomables por el valor, unas veces vagando en las naves por el sombrío ponto hacia donde nos llevaba Aquiles en busca de botín y otras combatiendo alrededor de la gran ciudad del rey Príamo. Allí recibieron la muerte los mejores capitanes: allí yace el belicoso Ayante; allí Aquiles, allí Patroclo —consejero igual a los dioses,— allí mi amado hijo fuerte y eximio, Antíloco, muy veloz en el correr y buen guerrero. Padecimos, además, muchos infortunios. ¿Cuál de los mortales hombres podría referirlos totalmente? Aunque deteniéndote aquí cinco o seis años te ocuparas en preguntar cuántos males padecieron allá los divinos aqueos, no te fuera posible saberlos todos sino que antes de llegar al término, cansado ya, te irías a tu patria tierra. Nueve años estuvimos tramando cosas malas contra ellos y poniendo a su alrededor asechanzas de to-

da clase, y apenas entonces puso fin el Cronión a nuestros trabajos» (Od. 3, 103-119).

De los innumerables héroes que aparecen en los dos poemas, casi no se encuentra uno que no respire por la herida... «Mujer —decía Ulises a Penélope— los dos hemos padecido muchos trabajos: tú aquí, llorando por mi vuelta, tan abundante en fatigas, y yo sufriendo los infortunios que me enviaron Zeus y los demás dioses para detenerme lejos de la patria cuando anhelaba volver a ella» (Od. 350-353).

Y ya antes había dicho Penélope al aedo Femio, cuando cantaba romances de la guerra de Troya: «Femio, pues que sabes otras muchas hazañas de hombres y de dioses, que recrean a los mortales y son celebradas por los aedos, cántales alguna de esas sentado ahí en el centro, pero deja ese canto triste que constantemente me angustia el corazón en el pecho, ya que se apodera de mí un pesar grandísimo que no puedo olvidar. ¡Tal es el hombre de quien padezco soledad, acordándome siempre de aquel varón cuya fama es tan grande en la Hélada y Argos» (Od. 1, 337-344).

¿No es esta misma nota la que refleja la última exclamación de Helena ante el cadáver de Héctor?:

«¡Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el deiforme Alejandro, me trajo a Troya. ¡Ojalá me hubiera muerto antes! Y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva o grosera. Y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas o de las esposas de aquéllos, o la suegra —pues el suegro fué siempre cariñoso como un padre—, contenías su enojo aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el corazón afligido lloro a la vez por tí y por mí, desgraciada, que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan». (Il., 24, 762-766).

Así se despedía la que antes le había dicho al volver del frente: «¡Cuñado mío, de esta perra maléfica y abominable! ¡Ojalá que cuando mi madre me dió a luz, un viento tempestuoso se me hubiese llevado al monte o al estruendoso mar, para hacerme juguete de las olas, antes que tales hechos ocurrieran! Y ya que los dioses determinaron causar estos males, debió tocarme ser esposa de un varón más fuerte, a quien dolieran la indignación y los baldones de los hombres. Este, ni tiene firmeza de ánimo ni la tendrá nunca,

y creo que recogerá el debido fruto. Pero entra y siéntate en esta silla, cuñado, que la fatiga te oprime el corazón por mí, perra, y por la culpa de Alejandro Paris: a quienes Zeus nos dió mala suerte a fin de que a los venideros les sirvamos de asunto para sus cantos». (Il. 6, 344-359).

¿Y qué decía Briseida, ante el cadáver de Patroclo? «¡Oh Patroclo, amigo carísimo al corazón de esta desventurada! Vivo te dejé al partir de la tienda, y te encuentro difunto al volver, oh príncipe de hombres. ¡Cómo me persigue una desgracia tras otra! Ví al hombre a quien me entregaron mi padre y mi venerable madre, atravesado por el agudo bronce al pie de los muros de la ciudad. Y los tres hermanos queridos que una misma madre me diera, murieron también. Pero tú, cuando el ligero Aquiles mató a mi esposo y tomó la ciudad del divino Mines, no me dejabas llorar diciendo que lograrías que yo fuera la mujer legítima del divino Aquiles, que éste me llevaría en su nave a Ptía y que allí, entre los mirmidones, celebraríamos el banquete nupcial. Y ahora que has muerto, no me cansaré de llorar por tí, que siempre has sido afable». (Il., 19, 287-301).

* * *

Pero lo que más me ha impresionado en la lectura de Homero es la increpación que el caudillo de los troyanos, Héctor, dirige a su mismo hermano Paris, el causante de la guerra. «Miserable Paris, cara-bonita, mujeriego, seductor. ¡Ojalá no te contaras entre el número de los nacidos o hubieses muerto sin mujer. Yo así lo quisiera y te valdría más que ser la vergüenza y el oprobio de los tuyos. Los melenudos aqueos se ríen de haberte considerado como un bravo campeón por tu gallarda figura, cuando no hay en tu pecho ni fuerza ni valor.

Y siendo cual eres, ¿reuniste a tus amigos, surcaste los mares en ligeros buques, visitaste a extranjeros y trajiste de remota tierra una mujer linda, esposa y cuñada de hombres belicosos, que es una gran plaga para tu padre, la ciudad y el pueblo todo, y causa de gozo para los enemigos y de confusión para tí mismo? ¿No esperas a Menelao caro a Ares? Conocerías de qué varón tienes la floreciente esposa, y no te valdrían la cítara, los dones de Afrodita, la cabe-

llera y la hermosura, cuando rodaras por el polvo. Los troyanos son muy tímidos, pues sinó, ya estarías revestido de una túnica de piedras por los males que les has causado». (Il., 3, 39-58).

* * *

¡Qué ayes tan desgarradores no pronuncia el mismo protagonista de la Iliada!

«¡Madre mía! El Olímpico, efectivamente, ha cumplido mis deseos, pero ¿qué placer puede producirme, habiendo muerto Patroclo, el fiel amigo, a quien apreciaba sobre todos los compañeros y tanto como a mi propia cabeza? Lo he perdido, y Héctor, después de matarlo, le despojó de las armas prodigiosas, encanto de la vista, magníficas, que los dioses regalaron a Peleo como espléndido presente, el día en que te colocaron en el tálamo de un hombre mortal. Ojalá hubieras seguido habitando en el mar con las inmortales ninfas, y Peleo hubiese tomado esposa mortal. Mas no sucedió así, para que sea inmenso el dolor de tu alma cuando muera tu hijo, a quien ya no recibirás vuelto a la patria, pues mi ánimo no me incita a vivir ni a permanecer entre los hombres, si Héctor no pierde la vida atravesado por mi lanza, recibiendo de este modo la condigna pena por la muerte de Patroclo Menetiada». (Il. 18, 79).

«Breve será tu existencia, a juzgar por lo que dices, pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca.

—Muera yo en el acto, ya que no pude socorrer al amigo cuando lo mataron: ha perecido lejos de su país y sin tenerme al lado para librarle de la desgracia. Ahora, puesto que no he de volver a la patria tierra, ni he salvado a Patroclo ni a los muchos amigos que murieron a manos del divino Héctor, y permanezco en las naves cual inútil peso de la tierra, siendo tal en la batalla como ninguno de los aqueos, de bronceas corazas, pues en el ágora otros me superan... Ojalá pereciera la discordia para los dioses y para los hombres, y con ella la ira, que encruelece hasta el hombre sensato cuando más dulce que la miel se introduce en el pecho y va creciendo como el humo». (Il. 18, 95-115).

Y luego cuando exclama ante el cadáver de Patroclo: «¡Oh dio-

ses! Vanas fueron las palabras que pronuncié un día en el palacio para tranquilizar al héroe Menetio, diciendo que a su ilustre hijo le llevaría otra vez a Opunte tan pronto como, tomada Ilión, recibiera su parte de botín. Zeus no les cumple a los hombres todos sus deseos, y el hado ha dispuesto que nuestra sangre enrojezca una misma tierra, aquí en Troya, porque ya no me recibirán en su palacio ni el anciano Peleo, ni Tetis, mi madre. Sino que esta tierra me contendrá en su seno.—Ahora, ya que tengo de penetrar en la tierra, oh Patroclo, después que tú, no te haré las honras fúnebres hasta que traiga las armas y la cabeza de Héctor, tu matador. Degollaré ante la pira, para vengar tu muerte, doce hijos de ilustres troyanos. Y en tanto permanezcas tendido junto a las corvas naves, te rodearán llorando noche y día las troyanas, que conquistamos con nuestro valor, al entrar a saco opulentas ciudades de hombres». (Il. 334-342). Y más que nada en el diálogo entre el anciano Príamo y Aquiles.

Príamo: «Acuérdate de tu padre, Aquiles, que tiene la misma edad que yo y ha llegado al funeste umbral de la vejez. Quizá los vecinos que le rodean le oprimen y no hay quien lo salve del infortunio y de la ruina. Pero al menos él, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos excelentes en la espaciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda. A los más el furibundo Ares les quebró las rodillas, y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y sus habitantes, a ese tú lo mateste poco ha, mientras combatía por la patria, a Héctor, por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, a fin de rescatártelo a tí, y, traigo un inmenso rescate. Pero, respeta a los dioses, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de tu padre. Que yo soy todavía más digno de piedad, pues me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mi boca la mano del hombre matador de mis hijos.

Aquiles: ¡Ah infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo osaste venir solo a las naves de los aqueos a los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla, y aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha. En los umbrales del palacio de Zeus hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno están los males y en el otro los bienes. Aquel a quien Zeus se los da mez-

clados, unas veces topa con la desdicha y otros con la buena ventura; pero el que tan sólo recibe penas, vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la tierra, y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Peleo claros dones desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los mirmidones, y, siendo mortal, le dieron por mujer una diosa. Pero también la divinidad le impuso un mal: que no tuviera hijos que reinaran después en el palacio. Tan sólo engendró a uno, a mí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuido en su vejez, porque permanezco en Troya, muy lejos de la patria, para contristarte a tí y a tus hijos. Y dicen que también, tú, oh anciano, fuiste dichoso en otro tiempo; y que en el espacio que comprende Lesbos, donde reinó Mácar, y más arriba la Frigia hasta el Helesponto inmenso, descollabas entre todos por tu riqueza y por tu prole. Mas, desde que los dioses celestiales te trajeron esta plaga, sucedense aldedor de la ciudad las batallas y las matanzas de hombres. Súfrelo resignado y no dejes que de tu corazón se apodere incesante pesar, pues nada conseguirás afligiéndote por tu hijo ni lograrás que se levante; antes tendrás que padecer un nuevo mal». (Il. 24, 486-551).

* * *

Mas el verdadero clímax de esta angustia de la guerra está en el coloquio entre Héctor y Andrómaca. Difícilmente se puede sensibilizar más esta tragedia del alma. Héctor vuelve del frente y se encuentra con su esposa amada que llevaba al tierno niño parecido a una hermosa estrella. Andrómaca llorosa cogió a su esposo por la mano y le dijo:

«¡Desgraciado! Tu valor te perderá. No te apiadas del tierno infante y de mí, infortunada, que pronto seré tu viuda; pues los aqueos te acometerán todos a una y acabarán contigo. Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara, porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesares: que ya no tengo padre ni veneranda madre. A mi padre matóle Aquiles cuando tomó la populosa ciudad de los cilicios, Tebas, la de altas puertas. Mis siete hermanos, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día, pues

a todos los mató Aquiles entre los bueyes y las candidas ovejas. A mi madre, que reinaba al pie del selvoso Placo, trájola aquél con otras riquezas y la puso en libertad por un inmenso rescate; pero Artemis, que se complace en tirar flechas, hirióla en el palacio de mi padre. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi venerable madre y mi hermano; tú mi floreciente esposo. Pues, ea, sé compasivo, quédate aquí en la torre—¡no hagas a un niño huérfano ni a una mujer viuda!—y pon el ejército junto al cabrahigo, que por allí la ciudad es accesible y el muro más fácil de escalar...

Contestóle el gran Héctor, el de tremolante casco:

«Todo esto me da cuidado, mujer, pero mucho me sonrojaría ante los troyanos y las troyanas, si como un cobarde huyera del combate. Y tampoco mi corazón me incita a ello, que siempre supe ser valiente y pelear en primera fila entre los teucros, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. Bien lo conoce mi inteligencia y lo presiente mi corazón; día vendrá en que perezcan la sagrada Ilión, Príamo y el pueblo de Príamo, armado con lanzas de fresno. Pero la futura desgracia de los troyanos, de la misma Hécuba, del rey Príamo y de muchos de mis valientes hermanos que caerán en el polvo a manos de los enemigos, no me importa tanto como la que padecerás tú cuando alguno de los aqueos de bronceas corazas se te lleve llorosa, privándote de libertad, y luego tejas tela en Argos, a las órdenes de otra mujer, o vayas por agua a la fuente, muy contrariada porque la dura necesidad pesará sobre tí. Y quizás alguien exclame al verte derramar lágrimas: Esta fué la esposa de Héctor, el guerrero que más se señalaba entre los teucros cuando en torno de Ilión peleaban. «Así dirán, y sentirás un nuevo pesar al verte sin el hombre que pudiera librate de la esclavitud. Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga tus clamores o presencie tu rapto». (Il. 6, 407-465).

Tres días más tarde Héctor caía muerto y Andrómaca exclamaba: «¡Héctor! ¡Ay de mí, infeliz! Ambos nacimos con la misma suerte, tú en Troya, en el palacio de Príamo; yo en Tebas, al pie del selvoso Placo, en el alcázar de Eetión, el cual me crió desde niña para que fuese desventurada como él. ¡Ojalá no me hubiera engendrado! Ahora tú descienes a la mansión de Hades, en el seno de la tierra, y me dejas en el palacio viuda y sumida en triste duelo. Y el hijo, aún infante, que engendramos tú y yo, infortunados... Ni tú serás su amparo, oh Héctor, pues has fallecido; ni él, el tuyo. Si es-

capa con vida de la luctuosa guerra o de los aqueos, tendrá siempre fatigas y pesares; y los demás se apoderarán de sus campos, cambiando de sitio los mojones. El mismo día en que un niño queda huérfano, pierde todos los amigos; y en adelante va cabizbajo y con las mejillas bañadas en lágrimas. Obligado por la necesidad, dirígese a los amigos de su padre, tirándoles ya del manto, ya de la túnica; y alguno, compadecido, le alarga un vaso pequeño con el cual mojará los labios, pero no llegará a humedecer la garganta. El niño que tiene los padres vivos le echa del festín, dándole puñadas e increpándole con injuriosas voces: «¡Vete enhoramala, —le dice—, que tu padre no come a escote con nosotros». Y volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano Astianacte, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre sólo comía médula y grasa pingue de ovejas, y cuando se cansaba de jugar y se entregaba al sueño, dormía en blanda cama, en brazos de la nodriza, con el corazón lleno de gozo. Mas ahora que ha muerto su padre, mucho tendrá que padecer Astianacte, a quien los troyanos llamaban así porque sólo tú, oh Héctor, defendías las puertas y los altos muros. Y a tí, cuando los perros te hayan saciado con tu carne, los movidizos gusanos te comerán desnudo, junto a las corvas naves, lejos de tus padres, habiendo en el palacio vestiduras finas y hermosas, que las esclavas hicieron con sus manos. Arrojaré todas estas vestiduras al ardiente fuego, y ya que no te aprovechen, pues no yace-rás en ellas, constituirán para tí un motivo de gloria a los ojos de los troyanos y de las troyanas». (Il. 22, 477-514).

Trenos que se completan con la lamentación ante el cadáver destrozado de su esposo: «¡Marido! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. El hijo que nosotros ¡infelices! hemos engendrado, es todavía infante y no creo que llegue a la mocedad. Antes será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú que eras su defensor, el que la salvaba, el que protegía a las venerables matronas y a los tiernos infantes. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y a mí con ellas. Y tú, hijo mío, o me seguirás y tendrás que ocuparte en oficios viles, trabajando en provecho de un amo cruel, o algún aqueo te cogerá de la mano y te arrojará desde lo alto de una torre; ¡muerte horrenda!, irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre o el hijo; pues muchos aqueos mordieron la vasta tierra a manos de Héctor. No era blando tu padre en la funesta batalla, y por esto le lloran

todos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Has causado a tus padres llanto y dolor indecibles, pero a mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables advertencias que hubiera recordado siempre de noche y de día, con lágrimas en los ojos» (24, II.; 725-745).

* * *

Ἄφρητῶρ, ἀθέμιστος, ἀνέστιός ἐστιν ἐκεῖνος
ὃς πολέμου ἔραται ἐπιδημίου, ὀκρυόεντος.
Sin familia, sin ley y sin hogar, debe
vivir quien apetece las guerras entre
pueblos tan horrorosas. (IX, 63-65).

«*Eurímaco*: ¡Hija de Icarío! ¡Discreta Penélope! Si todos los aqueos te viesan en Argos de Yaso, muchos más serían los pretendientes que desde el amanecer celebrasen banquetes en tu palacio, porque sobresaes entre las mujeres por tu belleza, por tu talle y por tu buen juicio.

«*Penélope*: ¡Eurímaco! Mis atractivos —la belleza y la gracia de mi cuerpo— destruyéronlos los inmortales cuando los argivos partieron para Ilión y se fué con ellos mi esposo Ulises. Si éste, volviendo, cuidara de mi vida, mayor y más bella sería mi gloria. Ahora estoy angustiada por tantos males como me envió algún dios. Por cierto que Ulises, al dejar la tierra patria, me tomó por la diestra y me habló de esta guisa: ¡Oh mujer! No creo que todos los aqueos de hermosas grebas tornen de Troya sanos y salvos; pues dicen que los teucros son belicosos, sumamente hábiles en tirar dardos y flechas, y peritos en montar carros de veloces corceles, que suelen decidir muy pronto la suerte de un empeñado y dudoso combate. No sé, por tanto, si algún dios me dejará volver o sucumbiré en Troya. Todo lo de aquí queda a tu cuidado; acuérdate, mientras estés en el palacio, de mi padre y de mi madre, como lo haces ahora, y más aún durante mi ausencia. Y así que notes que a nuestro hijo le asoma la barba, cástate con quien quieras y desampara esta morada». Así habló aquél y todo se va cumpliendo. Vendrá la noche en que ha de celebrarse el casamiento tan odioso pa-

ra mí, ¡oh infeliz!, a quien Zeus ha privado de toda ventura. Pero un pesar terrible me llega al corazón y al alma, porque antes de ahora no se portaban de tal modo los pretendientes. Los que pretenden a una mujer ilustre, hija de un hombre opulento, y compiten entre sí por alcanzarla, traen bueyes y pingües ovejas para dar convite a los amigos de la novia, hácenle espléndidos regalos y no devoran impunemente los bienes ajenos». (Od. XVIII, 245-281).

La misma nota reflejan por último las palabras que en la región de los muertos se cruzaron entre Ulises y su madre.

Anticlea: ¡Hijo mío! ¿Cómo has bajado en vida a esta oscuridad tenebrosa? Difícil es que los vivientes puedan contemplar estos lugares, separados como están por grandes ríos, por impetuosas corrientes y principalmente, por el océano, que no se puede atravesar a pie sino en una nave bien construída. ¿Vienes acaso de Troya, después de vagar mucho tiempo con la nave y los amigos? ¿Aún no llegaste a Itaca, ni viste a tu mujer en el palacio?

Ulises: ¡Madre mía! La necesidad me trajo a la morada de Hades, a consultar el alma de Tiresias el tebano; pero aún no me acerqué a la Acaya, ni entré en mi tierra, pues voy siempre errante y padeciendo desgracias desde el punto que seguí al Divino Agamenón hasta Ilión, para combatir a los troyanos. Mas, ea, habla y responde sinceramente: ¿Cuál hado de la aterradora muerte acabó contigo? ¿Fué una larga enfermedad, o Artemis, que se complace en tirar flechas, la que te mató con sus suaves tiros? Háblame de mi padre y del hijo que dejé, y cuéntame si mi dignidad real la conservan ellos, o la tiene algún otro varón, porque se figuran que ya no he de volver. Revélame también la voluntad y el pensamiento de mi legítima esposa: si vive con mi hijo y todo lo guarda y mantiene en pie, o ya se casó con el mejor de los aqueos.

Anticlea: Aquella continúa en tu palacio, con el ánimo afligido, y pasa los días y las noches tristemente, llorando sin cesar. Nadie posee aún tu autoridad: Telémaco cultiva en paz tus heredades y asiste a decorosos banquetes como debe hacerlo el barón que administra justicia, pues todos le convidan. Tu padre se queda en el campo, sin bajar a la ciudad, y no tiene lecho, ni cama, ni mantas, ni colchas espléndidas; sino que en el invierno duerme entre los esclavos de la casa, en la ceniza, junto al hogar, llevando miserables vestituras; y no bien llega el verano, y el fructífero otoño, se le ponen por todas partes, en la fértil viña, humildes lechos de hojas

secas donde yace afligido y acrecienta sus penas ahelando tu regreso, además de sufrir las molestias de la senectud a que había llegado. Así morí yo también, cumpliendo mi destino; ni la que con certera vista se complace en arrojar saetas, me hirió con sus suaves tiros en el palacio, ni me acometió enfermedad alguna de las que se llevan el vigor de los miembros, por una odiosa consunción; antes bien, la soledad que de tí sentía y la memoria de tus cuidados y de tu ternura me privaron de la dulce vida». (Od. XI, 155-203).

* * *

Son los ayes melancólicos de la guerra mezclados y empapados de añoranzas de la paz: Príamo habla irrestañable como en los tiempos de paz... Aquiles persigue a Héctor por los lavaderos a donde solían ir las troyanas a lavar en tiempo de paz, antes de que vinieran los aqueos... Son ayes que hacen exclamar a los lectores con aquella exclamación del protagonista de la *Iliada*: «¡Maldita ira! Ojalá pereciera la discordia para los dioses y para los hombres, y con ella la ira, que encruelece hasta el hombre sensato cuando más dulce que la miel se introduce en el pecho y va creciendo como el humo». Son ayes que arrancan la maldición del prudente y experimentado Néstor: «Sin familia, sin ley y sin hogar debe vivir quien apetece las luchas entre los pueblos tan horrorosas». Son finalmente los ayes que pusieron en los labios del padre de Aquiles este consejo: «¡Hijo mío! La fortaleza Atenea y Hera te la darán si quieren. Tú refrena en el pecho tu natural fogoso, que la benevolencia es mucho mejor. Y abstente de disensiones perniciosas para que te honren más los argivos, jóvenes y viejos» (Il. IX, 254-250).

ENRIQUE BASABE, S. J.